

## EN EL BAILE

- ¡Por Dios, Luisito!... ¿Se le ha perdido á Vd. algo en mi escote para mirarme con tanta insistencia...?
- No... nada... pero como estudio Medicina...
- ¿Qué?
- Que estoy repasando las *palpitaciones del corazón*.

Dibujo de Karikato.





Periódico semanal ilustrado

**GRABADOS BICOLOR EN PAPEL COUCHÉ CON SUGESTIVOS DIBUJOS**

Colaboración de los más ingenuos y brillantes escritores

**PRECIO DEL EJEMPLAR 20 CÉNTIMOS**

**Á CORRESPONSALES Y VENEDORES 15 CÉNTIMOS**

**Administración: PRECIADOS, 17, ENTRESUELO**

**PRÉSTAMOS POR ALHAJAS**

Y

**PAPELETAS DEL MONTE DE PIEDAD**

ESTABLECIMIENTO SIN MUESTRAS

**VICTORIA, 2, ENTRESUELO**

**BORISOL TORRES MUÑOZ**

ANTISÉPTICO-ANTIPÚTRIDO-DESINFECTANTE

Superior al ácido bórico y al borato de sosa; más soluble en frío y en caliente, y más eficaz como preservativo y curativo de las enfermedades de las mucosas y de la piel. Se emplea contra los males de los párpados, oídos, nariz, boca, afecciones de la matriz y otras. *Caja: 2,25 pesetas.*

Galle de San Marcos, 11, y San Bartolomé, 7

**MADRID**

**Nesfarina**

alimento completo fosfatado



**EL MEJOR ALIMENTO FOSFATADO  
PARA NIÑOS**

Alimentar con NESFARINA vuestros niños, y serán fuertes y robustos.

Para destetar á los niños, la NESFARINA es el alimento ideal.

Si queréis facilitar la dentición de vuestro niño, alimentadlo con NESFARINA.

TENEIS vosotras la culpa de que vuestro niño esté delicado y enfermo; alimentadlo con NESFARINA, y lo veréis sano y robusto.

*Fabricado en España por la Compañía Industrial «NESFARINA», Zaragoza.*

Pídase en todas partes la NESFARINA



**BICICLETAS**

NUEVAS

**Á PLAZOS**

de 25 pesetas mensuales. Remítase catálogo previo envío de 30 céntimos en sellos para certificados.

**GÜIDO GIARETTA**

11 — Calle de Bordadores — 11  
**MADRID**

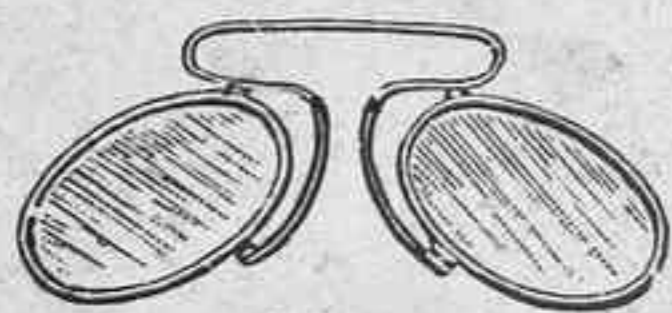
**COMPRO**

ALHAJAS

PAGO ALTOS PRECIOS

**Tiburcio Dorado**

Príncipe, 20, platería.



**VILLASANTE (Optico)**

**10. PRÍNCIPE, 10**

**MADRID**

Gemelos de teatro y de campo, de cristales superiores de las mejores marcas y de todas formas y tamaños.

Teléfono 1.050

**Bicicletas Peugeot**

LAS MÁS SÓLIDAS Y LIGERAS

**GONZALO R. PEÑALVER**

Paseo de la Castellana, 6 duplicado.—**MADRID**

ABRIL  
**30**  
Sábado

# Madrid Cómico

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

SUSCRIPCIÓN  
**En España.**  
Seis meses... 5 ptas.  
Un año..... 10 »  
**Extranjero.**  
Un año..... 15 fr.  
NÚMERO CORRIENTE  
**20 céntimos.**

## DE TODO UN POCO



ESTABA yo el verano anterior en la estación de San Sebastián esperando el tren que había de conducirnos á Madrid, de regreso del veraneo, y en el restaurant instalado en el andén almorzaba conmigo un francés, amigo mío, que se disponía á hacer el viaje en mi compañía.

Una vez que hubimos terminado el almuerzo, el francés pidió la cuenta, que importaba ocho pesetas, y dió dos duros para pagar el gasto hecho.

Mientras el camarero fué á cambiar al mostrador, llegó el tren, nos metimos en un coche precipitadamente, y ni mi amigo ni yo volvimos á acordarnos de que el camarero se había quedado con dos pesetas, por

el mismo procedimiento empleado para las obras teatrales; es decir, tomándolas *del francés*.

Cuando el tren se detuvo en Burgos, notó el extranjero su olvido, hizo bajar su equipaje, tomó un billete para San Sebastián y, á pesar de mis reflexiones, allá se fué á hacer ante el dueño del restaurant la reclamación correspondiente, despidiéndose de mi hasta nuestra vista en Madrid.

El francés es un hombre recto y enérgico, y es lo que él decía:

—¡Con mi dinero no se queda nadie!

¿Verdad que esta historia parece extravagante, y que del protagonista de ella lo menos que se puede decir es que está desequilibrado?

Pues, por si alguno no la cree, recordemos que una cosa muy parecida ha ocurrido estos días con la devolución de los billetes de la fracasada fiesta de aviación de Chamartín.

La Asociación de la Prensa, que la había organizado, anunció la restitución del importe de los billetes en un día fijo, y para hacerlo efectivo ha sido necesario ir al aerodromo de Chamartín, que está en el extrarradio.

¿Sabéis cuánto cuesta un coche para ir allá?

Ocho pesetas.

¿Sabéis lo que cuesta el viaje en tranvía?

Una peseta y tres horas de tiempo; y aún hay que andar cerca de tres kilómetros desde el tranvía hasta la taquilla.

¿Sabéis cuánto costaron los billetes?

¡Una peseta!

¡¡Pues ha habido muchas personas que han ido á recogerla!!  
¡Y aún se reirán del francés de mi historia!

\*\*\*

Por cierto que mi amigo está ahora en Madrid, y conmigo ha recorrido todas las plazas, calles, paseos públicos y callejuelas, deseando conocer bien esta Corte de los Milagros.

No nos ha costado poco trabajo andar por ahí, porque, desde que se inauguraron ¡al fin! las obras de la Gran Vía, es tal la fiebre de reformas que se ha despertado, que por todas partes va uno tropezando con zanjas, vallas, andamios y montones de cas-cote.

Muy bonito y muy moderno quedará Madrid; pero, ¡buena temporada de miasmas y de polvo nos espera!

—¿Qué le parece la Corte?—le pregunté después de haberla recorrido en todas direcciones.

—Viéndola así no se puede formar idea—me contestó—; cuando esté terminada se lo diré.

\*\*\*

Ahora está mi hombre decidido á aplazar su viaje, y dispuesto á divertirse — como él dice imitando á los chulos — *más que el clero*, con los festejos de Mayo. Verdaderamente es tentador el programa:

Unas elecciones generales, algunas novilladas con pretensiones, irrupción de *Isidros* por todas partes, inauguración de urinarios subterráneos y desfile de carrozas construidas por los gremios.

La única de que hasta ahora se tiene noticia, será una reproducción de la Cibeles.

La Diosa será representada por una chica, que es de lo más marmóreo que se conoce, si á última hora no se arrepiente por el miedo que siempre le ha tenido al agua; y para tirar del carro, están elegidos dos barrenderos de la Villa, que en la próxima elección son los encargados de meter los embuchados en todos los Colegios y de luchar como dos leones.

Á falta de otros festejos mejores, lo que si podemos ofrecer á los que nos visiten, es un calor que, según oí decir la otra tarde en el andén del Mediodía, es impropio de la estación. Yo he leído en una revista profesional, que esta anticipación del verano es debida á la influencia del cometa Halley; y, al saberlo, mi francés me decía ayer en tono sentencioso:

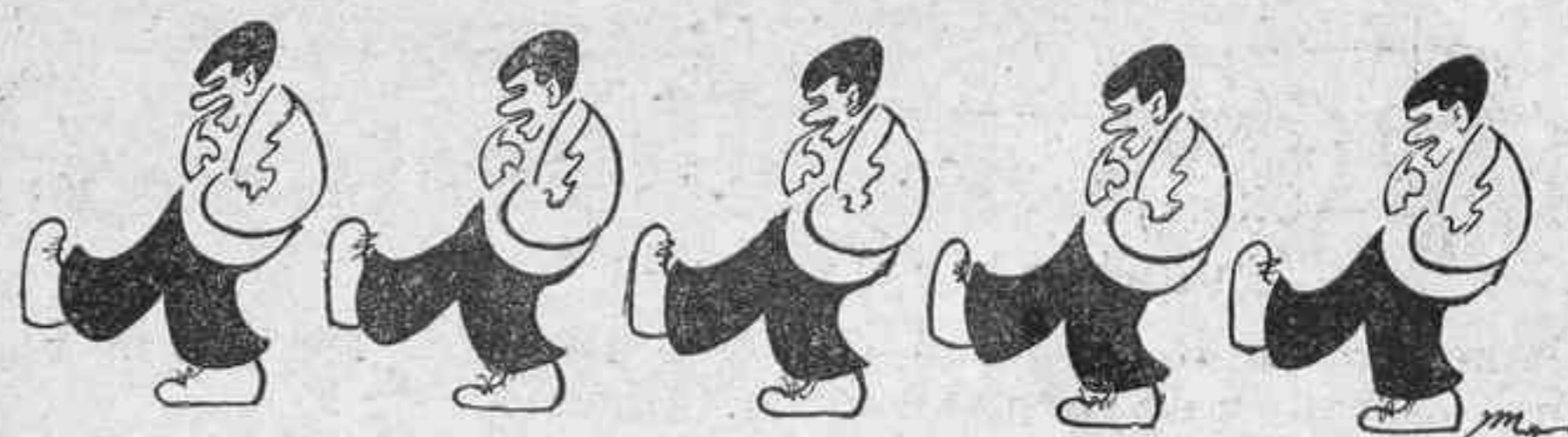
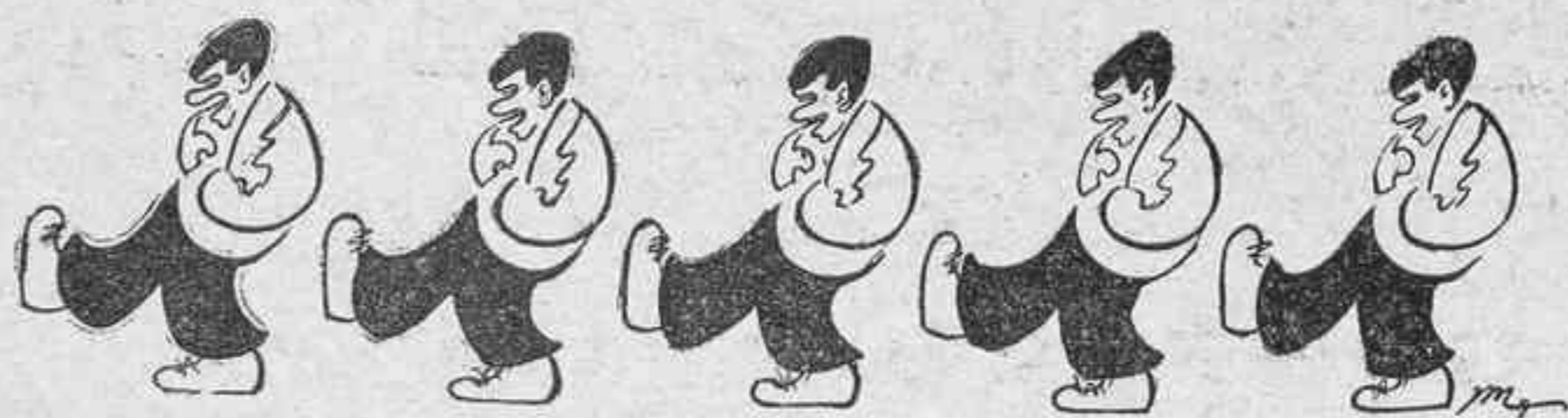
—¿Cómo quieren ustedes que aqui se haga nunca nada práctico? ¡Desdichado país!

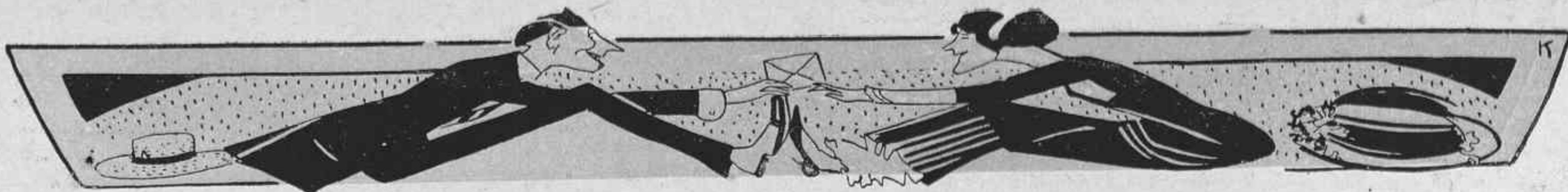
—¿Por qué?

—Porque aqui, hasta para gozar de buena temperatura, hay que recurrir á la influencia.

¡Y tenía razón!

Antonio LÓPEZ MONIS





## LA HIGIENE DEL BESO

En no sé qué revista del extranjero, y en una miscelánea de casos raros, vi un anuncio que tiene mucho salero y que por su salero voy á contaros.

Un higienista yanqui, que es un bendito, á juzgar por los bienes que nos procura, ha inventado una especie de *aparato* con el cual, en provecho de la cultura,

y á fin de que la higiene no desmerezca, podrán siempre que gusten, novias y novios, darse todos los besos que les parezca, sin temor al contagio de los microbios.

Á mi, si he de ser franco, la tal idea me parece de perlas para el progreso, y si por compromiso beso á una fea os prometo que siempre lo haré *con eso*.

Pero cuando á mi paso salga *mi tipo*; la mujer con que sueña mi mente loca; esa que tiene un cuerpo que *quita el hipo* y una *puñaladita* tiene por boca;

Cuando me dé de bruces — que será pronto — con la que ha de ser *faro de mi existencia*, y admirando sus gracias me quede tonto, cosa que á mi me ocurre con gran frecuencia,

decidme si es posible, lectores míos, que á comérmela á besos yo me resista, y que al verla en mis brazos dome mis bríos por seguir los consejos del higienista.

¿Que hay besos peligrosos? El *niño alado* por riesgo más ó menos ya no se asusta, y es que en cuestión de amores está probado que es lo más peligroso lo que más gusta.

¡Aparatos de besos!... ¡Qué tontería! Para besar muchachas encantadoras lo importante son bocas como la mía, que está siempre al servicio de las señoras.

Yo no niego que un beso pueda matarnos. Ya sé que algunos tienen mucho veneno... Mas no vengáis con *chismes* á fastidiarnos que el beso á *boca limpia* sabe muy bueno.

Quien suprima ese *dulce roce divino*, que no se llame listo, porque es de *Coria*; darse un beso en la boca, será cochino, pero á mi, lo confieso, ¡¡me sabe á gloria!!

¡¡Que se vayan al diablo los sabios esos, porque en cuestión de higiene serán muy sabios; pero ni saben ellos lo que son besos, ni se hicieron los besos para sus labios!!

Javier DE BURGOS

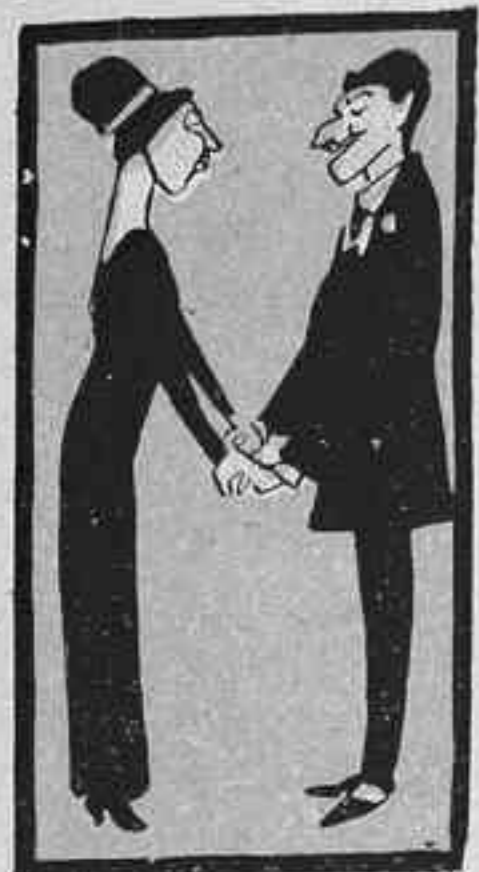
## VER Y CREER, por Almoguera



- Chico, esta cocinera debe estar al servicio de un millonario.
- ¿En qué se lo has conocido?
- En la cantidad de jamón que lleva para su casa.

# AFICIONES GIMNASTICAS

**M**



El amigo D. Amaro es un entusiasta loco de la gimnasia.

El, durante el invierno, no pisa la sala de un teatro, ni gasta dos reales en diversión alguna; pero llega la primavera, se inaugura la temporada del Circo, y entonces acude todas las noches á presenciar con verdadero deleite los dificilísimos saltos y cabriolas que ejecutan los artistas que forman la compañía.

Esta afición que posee D. Amaro le ha de proporcionar serios disgustos, porque en su casa quiere después ensayar los ejercicios que ha visto en la pista, echando mano de su señora y de un hijo que Dios le ha dado, que abulta menos que cinco céntimos de cordilla, y el día menos pensado *espanzurra* á toda la familia.

Doña Albina, esposa de D. Amaro, vive con el alma en un hilo, pues aparte de romperle toda la vajilla, hasta el extremo de obligarle á beber el vino en un bote de pimientos vacío, porque todos los vasos los ha hecho polvo su marido con sus juegos malabares, teme de un momento á otro fallecer á consecuencia de un golpe.

La otra noche, de regreso del Circo, cuando se disponía á acostarse, se le ocurrió ensayar un salto muy peligroso que había visto á dos artistas.

—Anda, Albina. Antes de apagar la luz, ponte de pie encima de la cama y déjate caer sin miedo al suelo, á ver si te sostengo en el aire— dijo D. Amaro hincando la rodilla en los baldosines y preparándose á recibir á su consorte.

Doña Albina, que es más dócil que un manguito, cierra los ojos y se tira de cabeza; derriba á D. Amaro, que primero rompe con la coronilla una jofaina, cae, por último, sobre la mesilla de noche, introduciéndose por un ojo el agarrador del cajón, mientras que la pobre D.<sup>a</sup> Albina, que del golpe ha ido á parar debajo de la cama, exclama con voz angustiada sacando la cabeza por entre la colcha:

—¿Lo ves, Amaro? ¿Lo ves? No te quieres convencer de que tienes menos fuerzas que un sombrero flexible, y con tus ensayos un día caigo mal, y dejas sin madre á tu hijo.

Don Amaro, á pesar del batacazo, no se da por vencido, y piensa ensayar el salto con su niño, que pesa bastante menos que la señora, pues cree que el salto ese no puede ser más sencillo.

La otra mañana fui á visitarle y me lo encontré tumbado en la cocina sobre un felpudo. En la mano derecha sostenía un barreño y en la izquierda un busto en bronce de Cervantes.

—¿Qué hace usted ahí?— le pregunté.

Y D. Amaro, sin dejar de hacer evoluciones con ambos brazos, me contestó:

—Estoy haciendo gimnasia para que se me desarrollen los bíceps, porque tengo los brazos como el mango de los zorros. Todas las mañanas, á las siete, me tiro de la cama, y cubriéndome las formas con esta bata de mi señora, que me pongo para mover con más libertad el cuerpo, empiezo por hacer flexiones á los pies de la cama. Después doy varias carreras por el pasillo para despertar la musculatura. Una vez que he corrido lo bastante y noto que estoy ágil, hago 35 evoluciones en la postura que usted me ve, hasta que rompo á sudar copiosamente. Entonces mi señora me envuelve en un mantón, y así me desayuno y descanso como cosa de media hora, para continuar el método gimnástico que yo mismo me he impuesto, y el cual me está dando unos resultados provechosos. Si no se hubiera caído ayer el niño haría delante de usted un trabajo muy difícil.

—¡Ah! ¿Pero usted emplea á su hijo para ensayar?— le pregunté asombrado.

—Sí, señor— contesta tristemente D.<sup>a</sup> Albina—, y el mejor día me lo mata; porque éste, aunque diga lo contrario, no tiene ni fuerza, ni agilidad, ni nada.

—¡Que no tengo agilidad!— exclama furioso D. Amaro.— Ahora mismo te lo voy á demostrar— y dando un brinco se encarama al montante de la cocina subiendo y bajando á pulso. Entonces D.<sup>a</sup> Albina, llevándose detrás de la tinaja, me dice en secreto:

—Usted, que es amigo de mi esposo, á ver si puede influir para que deje esa manía; porque como siga así, me quedo con la casa desalquilada. Anteayer quiso levantar con los dientes uno de los tiestos del balcón, y lo dejó caer encima de la portera. Ayer me rompió con la mano del almirez el espejo de la sala. El lunes quiso saltar con los pies juntos por encima de mi hijo y de un catre, y le dió con el tacón en un ojo á mi pobre niño, y se le puso como una yema escarchada. ¡Ay, qué maldita afición!

—Él dice que todo esto es muy sano; pero estoy viendo que un día se me desnuda y me quedo *completamente* viuda.

Señoras que tenéis maridos aficionados á la gimnasia casera, miraos en el espejo de D.<sup>a</sup> Albina, y disuadidles por todos los medios que estén á vuestro alcance, pues aunque digan que saben muchísima gimnasia, mejor será que no la practiquen... y así conseguiréis conservarlos incólumes.

¡Creeme á mí!

Emilio TABOADA



D. JULIO BURELL

La gran cruz de Alfonso XII le han dado, y no es gran merced; entre los profesionales ya era Julio el *gran* Burell.



«La grieta», de Ramón Pérez de Ayala.

De cuanto leo, en un cajón guardo lo bueno y en otro lo malo, á la par que pretencioso.

A falta de algo más fresco, hoy tiro del segundo cajón y saco un artículo lilial, añorante, remembrante y dolientemente esfumado en ensueños cristalinos, para el cual el autor ha ido rebuscando palabrejas en desuso por anticuadas, que mezcla con frases á lo Rubén Darío para hilvanar un asunto de filosofía chirle.

«Encontrábase con el pecho derretido por una gran ternura y como trasporte ó aspiración ferviente hacia regiones cristalinas.»

Aunque lo parezca, este párrafo no es del *inrompible* Marquina, sino del Pérez que nos ocupa. ¿Cuáles serán las regiones cristalinas? ¿Pertenece á ellas la región glútea?

Nos habla del *garbo zoológico*, del universo del agua— la lluvia— y de las *abejas místicas*.

Esto último está bien entendido, porque la abeja fabrica cera; con cera se hacen los cirios; los cirios se emplean en las iglesias; á la iglesia va la gente mística; luego las abejas son místicas. ¿Puede pedirse mejor discurso? Pero como la cera también se emplea para dar lustre á los suelos de madera; la madera es labrada por los carpinteros; los carpinteros son obreros, y los obreros suelen ser socialistas y anticlericales, de aquí que las abejas pueden llamarse impías con la misma razón que Pérez las llama místicas.

Pone unas comadres y sirvientas acurrucadas en el dintel de los postigos, en vez de ponerlas en el umbral. Ignora, por lo visto, que *dintel* es la parte más alta del vano, y umbral, la más baja. ¿Qué importa equivocarse la cabeza con los pies? Lo principal es llamar *mota quejumbrosa é ignea* á una rata impregnada de alcohol ardiendo, y traer *reciedumbre, dulcedumbre, no embargante*, y otros arcaísmos para darlas de cultilatiniparla.

«Tres terneros estaban por tierra; rojo el uno, pajizo el otro, y el último alhedano. Dos jayanes apercebíanse á matar al cuarto, una novilla zaina.»

El cuarto ternero era una novilla. Igual dislate que haber escrito: «El cuarto hombre era una mujer.»

A la escuela, Sr. de Pérez.

«Sevilla», de T. Muñoz San Román.

*y entre todos sean poetas los primeros  
poetas de la alegre vida y la ternura.  
Vengan los poetas y los visionarios.*

Versos de doce sílabas. En los dos primeros emplea la palabra *poetas* como de dos sílabas; en el tercero, como de tres.

Dentro de una misma composición hay que decidirse por una cosa ú otra, si no es demasiada elasticidad.

Salvo esta pequeñez, me gustan mucho sus versos, señor de M. San Román.

Actriz perfumada.

La eminente primera actriz de nuestro primer teatro, ha tenido la condescendencia de dar un autógrafo suyo, publicado por un semanario de la corte, y que dice así:

*Sr. Director de Perfumería Gal.*

*Tengo mucho gusto en hacer constar que de todos los varios productos de perfumería nacionales y extranjeros de que he hecho uso, los que más me agradan por su finura, delicado aroma y excelentes condiciones higiénicas son los de su casa.—Carmen Cobeña.*

Y yo he celebrado mucho que la eminente actriz encuentre mejores los productos *Gal* que todos los productos nacionales y EXTRANJEROS.

«Rima», de F. Luque Muñoz.

Carambita, Sr. de Luque; un romance asonantado en *o* y dedicado á la ingrata

*que su vida destrozó.*

No se le habrán limado los sesos.

Yo, en su caso, hubiese trufado los versos poniendo, de trecho en trecho, este estribillo:

¡Oh, princesa!  
¡Oh, pastor!

Verá usted qué bien resultan:

.....  
*Tengo en el alma una pena  
por la culpa de mi amor,  
y con mi pena, arraigada  
dolorosa convicción.*

¡Oh, princesa!  
¡Oh, pastor!

*Voz amiga que te esfuerzas  
queriéndome dar valor,  
¡ay, se me han roto las armas  
y también el corazón!*

¡Oh, princesa!  
¡Oh, pastor!

Y hubiera salido una composición como aquéllas que á Cristóbal de Castro le han valido el dictado de poeta admirable entre sus camaradas de redacción.

«La perla del harem», de Sinesio Delgado.

Don Sinesio Delgado es de los tercetos, y, en Apolo, se empeña en estrenar obras cultas, lo cual es como echar margaritas á puercos.

«La clave», de Felipe Trigo; precio, 14 reales.

Por primera vez abro una novela de este señor; el *Zoco* me obliga, pero tomo mis precauciones poniéndome en las narices un pañuelo empapado en agua de colonia, y hago muy bien, pues la novela es de las de «Pasa, moreno», aun cuando el autor pretende darle forma literaria empleando el *desgrane*, el *esfume*, el *ingrávido*, el *triumfal* y demás palabrejas—no pasan de 24— con que hoy se da tinte literario á cualquier sandez.

Asunto: Julio, joven abogado, digno, honrado y de nobles sentimientos, seduce á la esposa de su tío carnal.

El autor, á fuerza de filosofías de en ca La Tuerta, trata de dar verosimilitud á que un joven de sentimientos nobles cometa semejante villanía; filosofías que pudo ahorrarse; con sólo haber escrito que Julio se había educado en la lectura de las novelas de Felipe Trigo, quedaba perfectamente demostrado que Julio era capaz de cometer, no ese, sino el más repugnante de los incestos, pues Trigo, con sus novelas de *paine lucrando*, levanta en los jóvenes la idea de una moral nueva, y, esa idea, Trigo se la levanta á los jóvenes por catorce reales.

De dislates, no hablemos; sería dar demasiada importancia á la inmundicia, traer aquí la *bañera blanca, de portland* (páginas 17 y 62) y otras birrias.

«Fin de raza», de E. Marquina.

Nada más que dos parrafitos de este cuento:

«... la emanación estival de los campos, convidaría á trabajar en paz, dejaría que las melodías se desgranaran solas del engarce sinfónico de todas las cosas divinamente musicales en la hora triunfante...»

«La deliciosa sensación de plenitud interna, el íntimo hechizo de la inspiración que, consciente de sí, tenía las dificultades y torturas de la forma, le mantenían en una morosa inacción voluntaria, que tenía todas las crepitaciones titilantes de una ebullición tranquila...»

Siempre que vean ustedes ese final de puntos suspensivos, es que el párrafo se trae alta filosofía. ¡Ja, ja!

Le ha faltado añadir: ...y el proemio triquinoso del hipetro convivial enmarcado por nimbos nefeloideos de la cuatropea desinante, fisil y olocrática, en el plasmó ectíptico de la ingravitación infinita.

Enrique DE OCÓN

# UN ENCARGUITO

«Hágame usted, amigo Zúñiga, unos versos; pero no con asunto y desarrollo, como los hacían los mamarrachos de Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor. Como han cambiado los gustos, en vez de algo con acción, mándeme un trozo de vida (que es lo que queremos hoy), ó un estado del espíritu ó una mancha de color.»

Así me escribió un sujeto que en cierta publicación quería ver cosas mías,

haciéndome gran honor.—¿Cómo podré yo acceder á esta triple indicación?—me dije. Y en un instante sali del paso, lector. Busqué del *Año Cristiano* la página veintidós. Corté un trozo de la vida del bendito San Ramón. Compré espíritu de vino, gracias al cual funcionó mi cafetera, que es de las de lámpara de alcohol, y al verlo, apunté en la página cortada, sin ton ni son:

«Espíritu más ardiente que el mío, jamás se vió.» Mas como estaba almorzando al par que escribía, Dios lo quiso, y un huevo frito sobre el papel me cayó. Y metiendo la hoja aquella en un sobrecito *ad hoc*, se la envié al del encargo. ¿Pude de un modo mejor mandarle un trozo de vida (según lo que me indicó) y un estado del espíritu y una mancha de color?...

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

## ¡BUENO ESTÁ EL SERVICIO! por Paco



—Cuando más notará Vd. la falta de la pobre señorita será á la hora de comer. ¿Verdad?

—Te equivocas, Ramona. No es á esa hora precisamente.



—Oye, tú. ¿Qué haces pa tener al señorito tan contento?

—Yo no hago nada. Me estoy quieta.



—Pero chica, ¿por qué te marchas?

—Porque yo entré en esta casa de doncella, y, desde que murió la señora, el amo quiere utilizarme para todo.

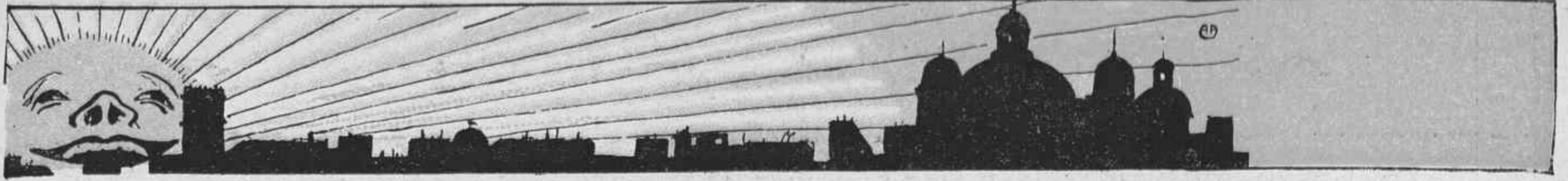


—No puedo con las injusticias. Hace dos meses que entró en esta casa la Rosalia y ya le ha regalado el señorito un corsé que da gloria verlo, y, en cambio, á mí, que llevo en la casa 25 años, ¡que me parta un rayo!



K

Paco



## A MI MORENA

Con esos ojos engañosos  
y esa elegante coquetería,  
me estás matando de mal de amores,  
encantadora morena mía.

Yo sufro y lucho desesperado,  
conmigo á solas,  
como el viajero desamparado  
que está perdido y abandonado  
del mar en calma sobre las olas.

Sufro... y te quiero de tal manera  
que en tí concentro mi vida entera.

Pero, morena, vano es mi empeño,  
que tus desdenes, poquito á poco,  
matan mi dicha, roban mi sueño,  
me vuelven loco.

Y si supieras las desazones  
que tus desdenes me dan al día,  
es muy posible que en ocasiones  
no destruyeras las ilusiones  
que forja loca mi fantasía...  
¡y te rindieras á mis canciones,  
encantadora morena mía!

Porque tú eres  
la más hermosa de las mujeres,  
la musa alegre de mis cantares,  
la que me priva de otros placeres,  
la sola causa de mis pesares.

Y yo te quiero  
con un cariño tan verdadero,  
que no consigo  
soñar con nadie más que contigo,  
y por tu causa, morena mía,  
me está matando la hipocondria.

Yo bien quisiera  
que me matases de otra manera;  
y si tú quieres, tiéndeme el lazo  
cuando en tus brazos me tengas preso  
y ahógame entonces en un abrazo  
para que muera dándote un beso...  
¡que tú no sabes qué dulce es eso!

Porque en tu boca, panal de mieles  
que encierra dientes muy chiquitines,  
tus labios rojos como claveles  
tienen la esencia de los jazmines.

Y son tus ojos, morena mía,  
grandes y negros como mis penas,  
y tienen esa melancolía  
que me recuerda la poesía  
de las calladas noches serenas  
propias del cielo del Mediodía.

Por consiguiente...  
pues ves, chiquilla, mi afán creciente  
y el ánsia oculta que me devora,  
por Dios te pido que no me aliente  
la llama ardiente  
de tu mirada fascinadora.

Porque si luego me comprendieras  
y te rindieras y fueras mía,  
y medio en bromas y medio en veras  
al fin y al cabo te convencieras  
de que te quiero más cada día,

no me importaba que prosiguieras  
con tu elegante coquetería,  
porque, aunque en ello no consintieras,  
yo mi desquite me tomaría...  
¡y luego es fácil que me quisieras,  
porque el desquite te gustaría!

Pero es el caso que tú no sabes  
que aún quedan cosas mucho más graves,  
que estando á solas te contaría  
con mucho gusto, morena mía.

Sólo te digo porque te enteres,

que, aun conociendo lo arisca que eres,  
tengo esperanzas muy lisonjeras,  
y que, aun sabiendo que no me quieres,  
no he de morirme sin que me quieras.

Y ó poco á poco me vuelvo loco,  
ó te conquisto poquito á poco.

Porque tus ojos engañosos  
y tu elegante coquetería,  
¡me están matando de mal de amores,  
encantadora morena mía!

*Ramón ASENSIO MAS*



A REUGER

—¡Cualquiera le paga la cuenta de sombreros á esta señora! ¡Sólo las plumas cuestan un ojo de la cara!



EN VISITA, por Karikato



- ¿De modo que, por fin, se nos casa Laurita este año?  
— Estamos esperando que su futuro fije el día, porque ésta ya lo tiene todo hecho.

## DEL CIRCO LILIPUTIENSE

Sólo Bismarck ha podido resistir públicamente el ridículo de semejante postura. Cuenta él mismo, en una de las cartas que escribió á su señora, que más de una vez, durante la invasión, tuvo que hacer aguas mayores en el campo, y que, para preservarse de alguna acometida del enemigo, hacíalas entre dos cocareros que le custodiaban gravemente en pie, ninguno de los cuales dejó de considerarle como un sér superior.

Pero ahora recuerdo que Bismarck tuvo un émulo en Albareda, cuando este andaluz *echao palante* ejerció de embajador en París. No necesitaba él un coruscante *lavatory*, de esos que Francos ha comprado en Londres — porque se interesa mayormente por la defecación de Madrid —, pues Albareda hacia sus cosas en la Embajada y en su cuarto; y en tal postura, sobre un bacín monumental, recibió una vez al Nuncio de Su Santidad, advirtiéndole con acento compungido:

— ¡Hermano, sufrir habemos!...

Sugiere estas historietas, que, aun tratándose de estadistas tan considerables como Albareda y Bismarck, no son de lo más perfumadas, el recuerdo de la primera entrevista que tuve con D. Jaime de Borbón.

Habiame citado, por medio de uno de sus vasallos, al *Palace Hotel*, y al llegar allí pregunté al secretario del establecimiento por el número del Príncipe, y, habiéndomelo dicho, subí y llamé á la puerta del cuarto.

Oí una voz que dijo no se qué cosa, contesté algo y se abrió la puerta, apareciendo en el dintel un hombre en mangas de camisa, con la cara cruzada por vendajes de los que se emplean para planchar las patas de gallo y otras huellas de arrugas.

Aquel hombre así entrapajado era el príncipe D. Jaime de Borbón.

— ¿Cómo le han dejado á usted subir sin avisar? — preguntóme un tanto mohino y asombrado, á la vez que se arrancaba las vendas.

E inmediatamente, por decir algo, me tiré una plancha de esas que forman época en la historia de un hombre.

— No sabía — le dije con acento que quise hacer doloroso, y con cara que quise poner angustiada —, no sabía que Su Alteza hubiese sido herido en la Mandchuria...

Entonces me miró con desconfianza. ¡Tal vez supuso que yo, contra toda mi costumbre, le tomaba el pelo!...

Bajamos á tomar té en un salón donde le esperaba su corte, bastante reducida en aquel tiempo. Arrellanóse en un sitial de alto respaldo que, por esta circunstancia, diferenciábase de las demás sillas, y ayudando, con natural distinción, el servicio del té, fué hablando campechanamente de lo que siempre hablan los príncipes: la Patria, la Religión, el Soldado, etc.

Yo, callado, advertía que, á pesar de la gravedad de los temas sobre que versaba la disertación de D. Jaime, los ojos de esta Alteza estaban como adheridos á las faldas de una florista del hotel, morenota y envuelta en carnes, que giraba alrededor de nuestra mesa meneando sensualmente las caderas.

El príncipe dió el último golpe á la Patria, la Religión y el Soldado, y ya íbamos á salir, cuando la florista quiso florearlo, pero con una familiaridad que no dejaba duda de que si no había visto al príncipe en parecida actitud á la que guardaba Albareda cuando fué á visitarle el Nuncio, al menos le había visto como la Cava á D. Rodrigo cuando el Tajo sacó el pecho fuera.

Y cada vez que españoles que viven en el extranjero ponen en esa Majestad la última esperanza de redención, yo no puedo menos de recordar las faldas de la florista y las vendas de las patas de gallo...

\*\*\*

Nos queda «el gran Costa». ¿Por qué el gran Costa? ¿Qué cosa grande ha hecho en España el gran Costa? ¿Quién conoce fuera de España al gran Costa?

Tener talento y cultura, razonar en artículos y discursos algunas verdades conocidas de todos y por todos sentidas, ¿es bastante para oírse llamar, uno y otro día, el gran Costa?...

Atáxico é histérico, el Sr. Costa, si fuese verdaderamente grande, habriase retirado de veras, y para siempre, de la camilla oratoria donde se le exhibe como un fenómeno, aunque sólo fuera para que los mismos que lo jalean no continuasen diciendo de él, como disculpándole:

¡Está reblandecido!

Excelente persona, según se dice, es también el Sr. Costa; pero sus mismas dolencias y los constantes é infructuosos pinitos que hace por meterse en la cosa pública pueden inducirle á tomar gato por liebre, ó pepino por melón, y parecer injusto ó interesado.

Los pensadores reblandecidos no están más que para vegetar en un rincón, llorando en privado tristezas insolubles y amores imposibles.

Luis BONAFoux



### SINCERIDAD ELECTORAL

— Recorra *ustez* las tabernas del *destrito*, y dice *ustez* á los dueños que si votan la *candadura ministerial* abrirán los domingos.

— ¿Y si alguno quiere *osequiarme* con algo?

— Lo toma usted, y luego me da parte.

## LAS GRANDES CATÁSTROFES

Yo no sé dónde ocurrió que, al cruzar un terraplén un tren expreso, se hundió parte del suelo, y el tren, falto de base, cayó

con estrépito imponente rodando por la pendiente, entre escombros confundido,

cual monstruo que de repente fuera mortalmente herido.

En aquel cuadro de horrores, como eran los viajeros del tren ilustres señores, sucumbieron senadores y ministros y banqueros.

Guardando un huerto cercano

á aquel terraplén hündido, estaba un pobre aldeano, y al contemplar desde el llano la catástrofe, aturdido

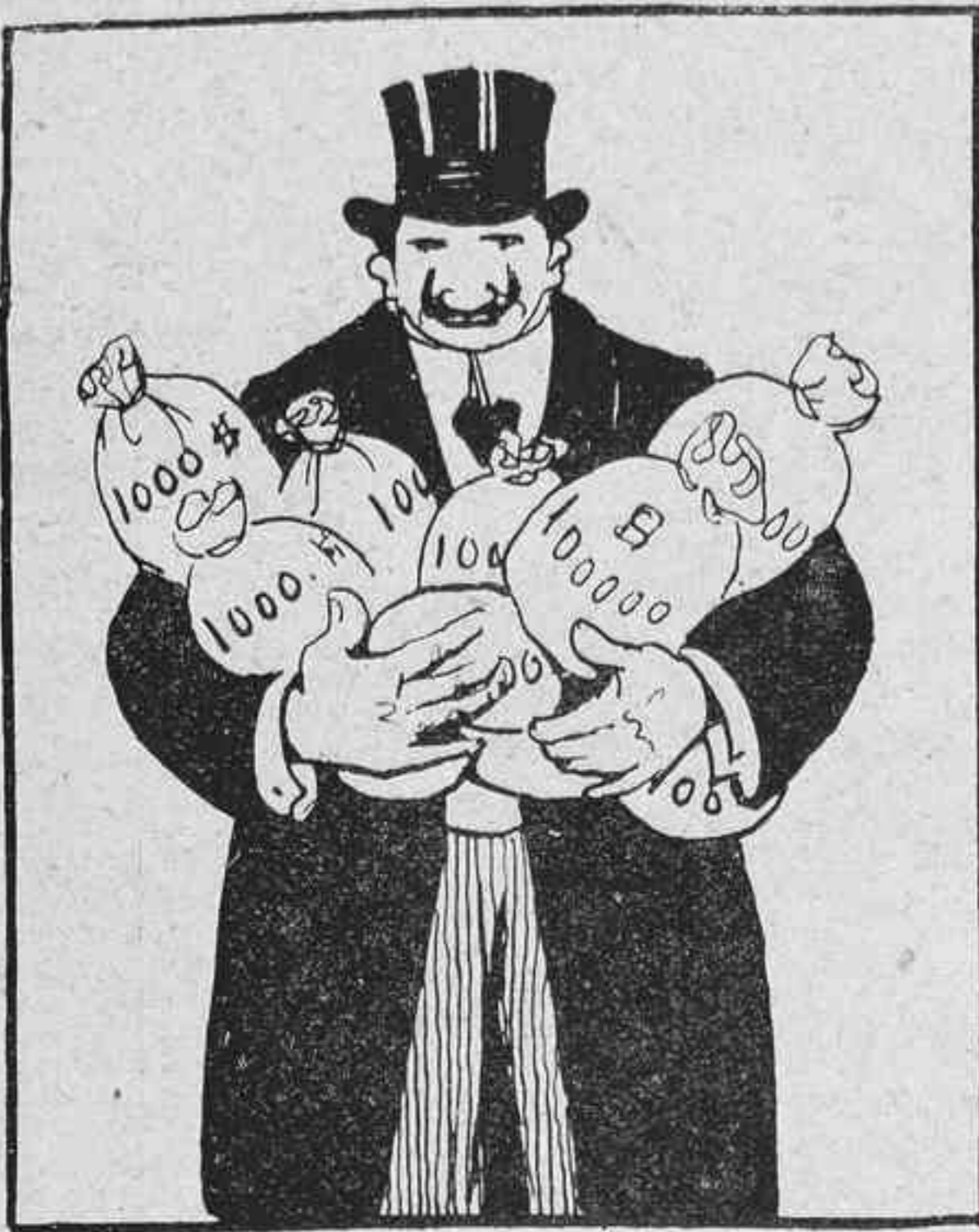
exclamó, sin comprender de un modo preciso y cierto cómo pudo suceder:

— ¡Anda, si llega á caer en las judías del huerto!

José RODAO

# LA RUINA DE UN DESGRACIADO

## QUE QUISO SER DIPUTADO



Pérez, rico como un Creso, quiso venir al Congreso.



Y se presentó en Madrid dispuesto a entrar en la lid.



Paga bien a un mequetrefe que ha de presentarlo al jefe.



Canalejas, siempre fino, lo manda a ver a Merino.



En clase de hombre hacendado logra verse encasillado.



Cuando es el voto sincero cuesta bastante dinero.



Todos, por su adhesión franca, le van dejando sin blanca.



Antes de ser la elección se queda sin un botón.



Y concluye su carrera a pie y por la carretera.

*Montoya*

## EL CANDOR DE LOS NIÑOS



— Mamá, ¿me voy ya á saltar á la comba?  
 — ¿Por qué?  
 — Porque ya está ahí ese señor de todas las tardes, que se acerca á tí cuando yo me marcho.

## EL REY DE LOS AIRES

No creáis ilusoriamente que el campeón de las alturas es el buen M. Gaudart, cuyo apellido ya indicaba una funesta propensión á molestar al público. M. Gaudart, de fugitiva..., pero no volátil memoria, es apenas digno de ajustar la hebilla del zapato á un D. Francisco Ortells, que anda, ó mejor dicho, vuela por el mundo, sin más avíos de aviación que su cuerpo gentil y el quebradizo talle que la pródiga Mamá Natura le ha regalado.

Don Francisco Ortells es (como el apellido indica) catalán, coterráneo de Cambó; pero poco amigo de cazar pájaros con *Lliga*. Él caza los pájaros al natural, alargando la mano, desde las interesantes alturas á que se remonta. Mancebo arriscado y audaz, recorre España entera realizando una proeza gimnástica que pocos nacidos anularán. Mediante una maroma, asciende á enormes alturas, sin que ningún Papa Girard le empuje ni le aupe ningún Montero Ríos, como ocurre en política. No contento con esto, recientemente, en la torre de la Catedral de León, ha puesto en práctica ejercicios acrobáticos más propios de la blanda arena de un circo ó del yermo Sahara de la agitación electoral.

Este respetable ciudadano—á quien se puede llamar *eminente* con mayor exactitud que á muchos hombres públicos, y más que eminente, sobreeminente ó, como dice la Escritura, *super eminentes omnes*, el que nos domina á todos—es indudablemente un profundo poeta. Poeta es quien ha adoptado como profesión el andar por las alturas. Asqueado de andar por este bajo mundo, por la *terra baixa*, que un dramaturgo de su región maldijo en inmortal drama, pensó en pasar la vida por los aires, naturalmente puros...

¡Este volátil Ortells sí que puede decir con propiedad lo de que: «el dinero anda por las nubes»...; cantinela tan repetida por los usureros, judíos y *editores* de toda laya, que se quejan de vicio... de vicio de avaricia! Para él, el dinero, el *modus vivendi*, hállase en las regiones atmosféricas.

Poeta he dicho que es Ortells y no me desmiento. Poeta supremo que da alas al pensamiento... y á los hombros. Pero no se pega alas de cera, como Icaro, ni cae, como él, al mar proceloso. El más grandioso y humano poeta del siglo XIX, Goethe, entreteníase también en sus juventudes con ocios parecidos á los de Ortells, y proponíase vencer el vértigo de las alturas paseando por la torre de la Catedral de Estrasburgo.

—¿Será un loco, un exaltado, ese D. Paco Ortells? *No tinch por meu amich*. «El es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos», como se dijo del Ingenioso Hidalgo, se podrá contestar á esas personas vulgares que reniegan de los poetas y de los gimnastas. ¿Acaso todo poeta no es un poco gimnasta? ¿No definió Banville al lírico como un equilibrista que realizaba pruebas sobre el trampolín?

Para mi santiguada que ha de ahitarse el pobre Ortells de oír denuestos á la gente baja y de bajo vuelo. ¿Cómo han de comprender el hechizo de vencer el vértigo de las alturas los seres viles, las almas-orugas, los que reptan por el suelo in-mundo?...

Sólo los dramaturgos del calibre de Ibsen que ha llegado á decir, que «el hombre está más fuerte cuando está más solo», podrán comprender á Ortells... á más de los poetas modernistas, *enragés*, que viven (según dicen ellos mismos) en su torre de marfil, por no poder andar, sin duda, de torre en torre como Ortells, aunque anden de casa en casa, porque les embargan... las emociones.

Sería capaz de comprender á Ortells el paisano suyo de adopción ó de adaptación... de obras rusiñolescas, D. Gregorio Martínez Sierra, autor ó «elaborador» de una *Torre de marfil* y de cuya literatura, el pueblo bajo, con muy recto juicio, piensa acertadamente que ha de abominar—como se demuestra en el popularísimo cantar:

Reñi con una gachi  
 por haberme dao *Motivos*...

(*Motivos*, publicados por Garnier Hermanos, París.)

¡El Rey de los aires! Ahora que hay Rey del petróleo, Rey de los ferrocarriles, Rey del acero, Rey del arroz... y hasta me temo que haya de aquí á poco un Rey de las patatas fritas y hasta un Rey de la esteatita y de la petalita, creo muy puesto en razón que se adjudique á D. Francisco Ortells el honroso timbre de gloria que supone llamarse Rey de los aires, vencedor de Mr. Gaudart.

Sólo que esta afición desmedida de los yankis á crearse Reyes de pacotilla en aquella republicanísima y democrática nación, tiene algo de ridícula que hace recordar la *auto-vindicación* de la señoritas cursis, que se consuelan de su cursilería pensando que «cada una es princesa en su casa».

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO

Madrid, IV - 26 - 1910.

## ¡VIVA LA FRANQUEZA!



—¿Ves lo que le ha *pasao* á tu señorita por no haberme *avisao* á tiempo?

—¿Qué?

—Que ahora *tiés* que ir por ahí con ese chico, que está que ni *pinta* pa una exposición canina.

≡≡≡ EXITOS TEATRALES ≡≡≡

por Fresno.



Candela.

Larra.

Delgado.

Nieto.

Echevarría. Mora.

Manrique.

Simó Raso.

Romea.

Pardo.

# UN MATCH



Carlos Cadovilla admiraba la última adquisición del marqués de Fuentemimbre.

En el centro del garage, montado con arreglo á los últimos adelantos, reposaba el monstruo: Un automóvil de 80 HP., seis cilindros, recién llegado de la casa constructora, oliendo aún á barniz y á cuero engrasado. El marqués recorría con mirada amorosa las mil perfecciones del horrible artefacto.

Brillaba en sus ojos aquella chispa de actividad que se encendía sin duda en la pupila de sus antepasados, al contemplar la recia armadura y las bruñidas armas.

—¡Una maravilla, Carlitos! Un chasis blindado, robusto y ligero; ¡no hay otro en Madrid! ¿Qué te parece?

Carlos Cadovilla repetía distraídamente la misma exclamación, con intervalos iguales: !! Magnífico!!

La marquesa jugaba con una perrita griffon, sin atender poco ni mucho á las explicaciones de su marido. Era una linda rubia, menudita y graciosa, blanca y rosada, de manos pálidas y grandes ojos azules de muñeca.

—¿Tú que dices, Margot?—preguntó el marqués.

Margot cogió en sus brazos la griffon y murmuró con su dulce voz mimoso: La carrosserie no me gusta; hubiera preferido una limousine.

—La carrosserie... ¡Bah! Un buen motor es lo que hace falta ¿verdad, Carlitos?

Carlos contemplaba extasiado un ricillo sedero que caía sobre la aterciopelada orejita de la marquesa, y no contestó.

El marqués, después de dudar unos instantes, exclamó: ¿Y si nos fuésemos mañana á San Sebastián, en el auto...? A Carlos le parecía aquélla una locura. Ellos, aún, pero Margot... Era un viaje muy molesto, sin contar con los contratiempos posibles: una avería, cualquier percance.

—¡Qué estupidez, Adolfo! Tiene razón Carlos; sería incommensurable.

—¡Vamos hijita!, no me contraries. Es un capricho.

—¡Ah!, pues si es un capricho puedes ir tú solo.

Los grandes ojos de Margot miraban candorosamente á Carlos al pronunciar las anteriores palabras lentamente, con una suave ironía.

—¿Y tú, vas á ir sola en el tren?

—No me importa.

—¡Si tú quisieras, Carlos...!

Carlos sonrió exquisitamente, asintiendo.

—Yo saldré de la Peña á las doce—tres horas después que el rápido—y os esperaré en la estación de San Sebastián á vuestra llegada.

El marqués pronunció solemnemente estas palabras, con acento triunfal, como si se tratase de tomar una fortaleza.

La marquesita plegó sus labios con gracioso mohín, dejando resbalar su mano blanca sobre el pelo sedoso y largo de la perrita.

\*\*\*

Corría el tren, como huyendo de la abrasada llanura. Las tierras, despojadas de la opulencia de la mies, aparecían tristes; en el gris uniforme de las rastrojeras destacaban las largas fajas de los linderos con su verdor mustio y quemado por el sol. De tarde en tarde pasaba la masa confusa de un pueblo, con sus derrengadas casuchas de adobes, bajas y anchas, de tejados ennegrecidos, agrupadas en derredor de una enorme iglesia de piedra. Resplandecía el cielo con fulgores de incendio. Jadeaba la locomotora arrojando densas bocanadas de humo blanco que flotaba en el aire, adoptando formas redondeadas, semejantes á gruesos copos de algodón.

Margot cerró la novela de Paúl Bourget que leía, y arquean-

do graciosamente los brazos, arregló con sus dedos ágiles el desorden de los cabellos.

—¡Qué calor! ¿Quieres alcanzar mi saquillo de mano, Carlos?

Recogiéndose las cortas mangas de la blusa de seda, fina, casi transparente, humedecióse con agua de colonia los brazos y las manos. Un suave y fresco aroma se difundió en el cálido ambiente. Carlos describió una de las cortinas. El marco de la ventanilla recortaba un rectángulo en el paisaje monótono y triste. La carretera, paralela á la vía, era un trazo blanco sobre el gris ceniciento de la tierra agrietada y seca.

—¿Nos habrá alcanzado ya...?

—No creo; le llevamos mucha ventaja—murmuró Carlos burlescamente; luego añadió:—¿Acaso te preocupa eso? Y, atrayéndola dulcemente, depositó un beso tembloroso bajo los dorados ricitos de la nuca.

—¡Oh, mira! Allá lejos... ¿lo ves?—exclamó Margot.

El automóvil avanzaba rápidamente, envuelto en una espesa nube de polvo.

—... parece... ¡sí, no cabe duda, es él! ¡Un doble factón amarillo!

Se miraron á los ojos y rieron. Carlos la levantó despacio una manga, descubriendo el brazo mórbido, en el que azuleaban las venas á través de la satinada piel; subió con mimosos besos, de la muñeca al codo, y allí frotó golosamente los labios en los hoyuelos sonrosados. Margot reclinó la cabeza con lánguido abandono en el hombro de él.

La carretera se separaba de la línea férrea formando un ángulo casi recto. El automóvil viró valientemente.

Carlos separó á Margot de la ventanilla; sus labios se unieron en un beso largo y ardiente.

El ronco sonido de la sirena del auto hendió el aire como un fuerte y prolongado mugido.

S. DE LA FUENTE

Madrid.



EN EL CAMPO DE AVIACIÓN

—Dígame usted, Arturito, que ha subido muchas veces, ¿es tan bonito como dicen el panorama que se ve desde arriba?

—¡Encantador! Pero el panorama que yo veo desde aquí tampoco es ninguna tontería.

## COPLAS

Tiré á mi novia un pellizo  
en una parte abultada;  
y me llevé un desengaño,  
y luego una bofetada.

Dos cosas hay en la vida  
que no se olvidan jamás:  
el primer beso de novios  
y lo que viene detrás.

La mataron las viruelas,  
y era tan fea la pobre  
que no fué nadie al entierro  
sólo por no echarla flores.

Peinetas de cuerno hacia  
tu papá, que en paz descanse,  
y tú irás á hacer peinetas  
el día que yo te mande.

No te pongas tantos moños  
morena, con tu peinado,  
pues ya sabemos de sobra  
que es crepé que te has comprado.

Soñé que te pretendía  
y me decías que sí;  
soñé después que eras mía  
y soñando, feliz fui.

Adolfo SANCHEZ CARRERE

# CHISMES Y CUENTOS



Según refiere un periódico extranjero, parece que está haciendo verdaderos estragos entre las razas negras que habitan el Congo, la «enfermedad del sueño».

Y lo más gracioso consiste en que los naturales del país juran y perjuran que los blancos les han contagiado la misteriosa dolencia.

No diremos que no. Aquí, sin ir más lejos, contamos con varios poetas modernistas y alguno del antiguo régimen, capaces de adormecer á un embudo.

¡Como no sean ellos los propagadores!...

\*\*\*

¡Cielos! ¡Qué sospecha!  
¿Habrà estado Carulla en el Congo?

\*\*\*

En los Estados Unidos no se andan en chiquitas, y cuando la religión no entra por las buenas, la imponen á puñetazos.

Y si no véase la clase.

Varios sacerdotes *bautistas*, viendo que sus propagandas no hallaban eco y que los pocos *feligreses* que acudían á sus pláticas se aburrían soberanamente, idearon un medio infalible para llamar la atención.

Dicho y hecho, fijaron por las calles el siguiente anuncio:

*Ciudadanos: El domingo próximo los sacerdotes de la nueva iglesia de los bautistas, vestidos con trajes «ad hoc» celebrarán un «match» de boxeo que tendrá lugar en el centro de la iglesia. Cuando uno de ellos sea vencido y retirado á la enfermería, el vencedor subirá al púlpito y pronunciará un sermón edificante acerca de la mansedumbre y el amor al prójimo.*

¡De primera!

Es lo más indicado después de haber molido á golpes á un semejante.

\*\*\*

Bueno; según ustedes comprenderán los *fieles* acudieron como moscas, el *match* tuvo un éxito loco y los sacerdotes se zumbaron la pandereta de firme con gran regocijo de la concurrencia que llenaba totalmente el templo.

Hubo apuestas mutuas, aplausos resonantes y *hurras* estruendosos.

Pero los sacerdotes bautistas, que son el mismo demonio en punto á discurrir diabluras, no queriendo enfriar el entusiasmo de los devotos preparan nuevos atractivos.

Y, según parece, cuentan con varios números de *varietés*.

Nada más á propósito para animar el *culto*.

*Match* de boxeo, sermoncito edificante por el sacerdote vencedor, y para final, la *bella Pinguito* bailándose un tango.

Y el que venga detrás, que arree.

\*\*\*

Rosa y Josefa Blazek constituyen un fenómeno humano que se exhibía en un circo de Viena. Son dos hermanas gemelas unidas por el costado como las famosas hermanas siamesas; no podían vivir la una sin la otra; eran dos partes esenciales de un todo; eran una sola persona.

Pues una de esas dos mitades, Rosa, ha dado á luz un robusto niño, sin que Josefa, la otra mitad, se hubiéra dado cuenta del momento en que fué engendrado.

¿Eh, qué tal? ¿Se puede uno fiar de las mujeres?

Este caso nos prueba que, cuando una está dispuesta á engañar á alguien, tiene la astucia bastante para conseguirlo.

Rosa no podía separarse de Josefa, que era su mitad, mejor dicho, ella misma, y la engañó.

¡Que ya es afinar!

\*\*\*

Un sabio de New-York, la ciudad de los grandes inventos y de los grandes camelos, ha descubierto que la leche, sometida á una preparación especial, sirve para lo siguiente:

Para alargar la vida.

Para limpiar el charol.

Para conservar las carnes frescas.

Para pegar objetos rotos.

Para hacer bolas de billar, y

Para curar el reuma.

Muchas cosas son para un líquido solo; pero no está de más preguntar:

¿Qué leche preparará este sabio?

## Correspondencia particular

F. V. C.—Madrid.—Su artículo estaría bien en una revista profesional, pero, ¡ay!, no es de la índole de MADRID CÓMICO precisamente.

Geromo.—Sevilla.

Los cantares que manda  
son tan vulgares  
que no sirve ninguno  
de sus cantares.

A. P. H.—Santander.—Mire usted por dónde la tracción eléctrica ha matado el porvenir á una porción de criaturas. Usted mismo, sin ir más lejos, ¡estaría tan ricamente sirviendo de encuarte en un tranvía!...

E. F. S.—Madrid.—¿Un soneto á Cervantes?, ¿y con estrambote además?, ¿y por añadidura malo? ¡Hombre, no hay derecho!

Pedrusco.—Bilbao.—Si, señor; publicaremos el principio para que se vea la clase:

La luna casi llena  
se levanta en las márgenes del río.  
Huele á tomillo y á yerbabuena  
y en la noche serena  
cantan los pintados pajarillos.

¿Con que una luna casi llena que se levanta en las márgenes, olor á yerbabuena, unos pajarillos pintados que cantan de noche... y para final río y pajarillos consonantes y dos versos cojos? ¡Anda, morena! ¡Sí que es usted pedrusco, compadre!

I. S.—Cáceres.—Aplíquese el calificativo anterior... y siguen las firmas.

Al Avi.—Barcelona.—Pero, ¿es que se han puesto ustedes de acuerdo esta semanita para enviarnos cosas disparatadas? ¡También son ganas de jorobar al prójimo!

J. A. O.—Madrid.—Su carta es graciosa, pero no tiene usted razón, en absoluto. Asensio Más no es capaz de enviarnos *Amorosas* como las de usted, y si nos las enviase no se las publicaríamos, precisamente por eso, porque en esta casa le estimamos mucho.

Tato.—Valladolid.—¿Que podemos ponerle otro chiste al dibujo? ¡Ya lo sabíamos! Y si al chiste en cuestión le añadiéramos un dibujito nuevo, y bien hecho además, miel sobre hojuelas, ¿no le parece? Ahora, que resultaría lo que en la célebre dedicatoria:

Si la comedia es francesa  
v los versos míos son,  
¿qué dedica Camprodón  
á la señora marquesa?

P. C. R.—Málaga.—No sirve nada de lo que envía, y lo sentimos, porque tenemos deseos de complacerle.

R. H. S.—Madrid.—Decimos lo mismo. ¡Otra vez será!

González.—Madrid.—¿Que usted no es el González á quien nos referíamos en el número anterior? Bueno, hombre, lo celebramos tanto. Y recuerdós á la familia.

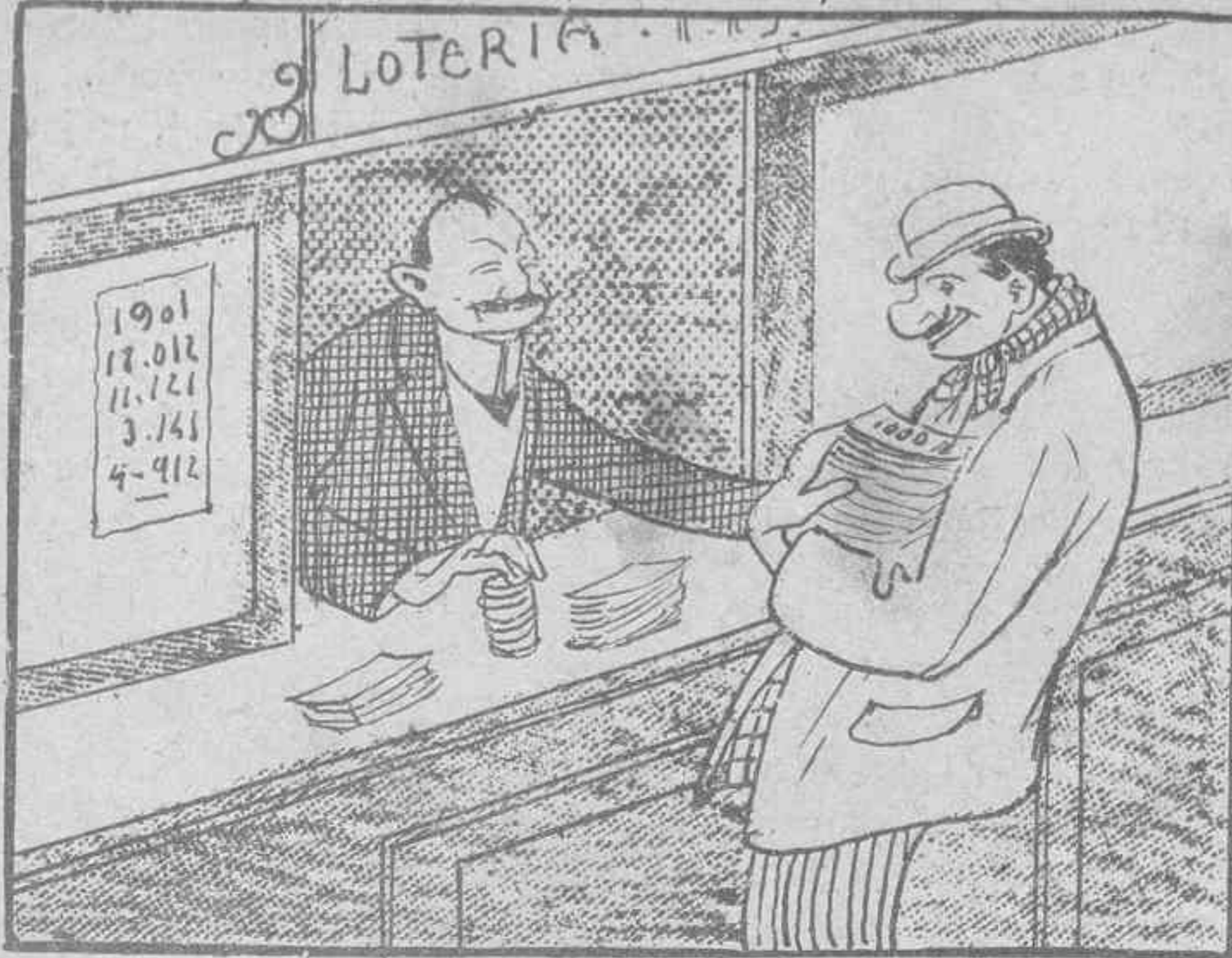
Quedan sin contestar unas cincuenta cartas aproximadamente, y pedimos un poco de paciencia á los señores colaboradores espontáneos.

No se devuelven los originales.

IMPRESA DE EDUARDO ARIAS, SAN LORENZO, NÚM. 5, MADRID.

# UN HOMBRE AFORTUNADO, por Montagué

Lotería Llorente, Hortaleza, 15.



El pobre Pepe Fernández, que en la vida tuvo un céntimo, á fuerza de economías le compró á Llorente un décimo y, claro está, alcanzó uno de los dos primeros premios.

Sastrería Modernista, Jacometrezo, 47.



Cuando sintió en sus bolsillos las caricias del dinero se marchó á la *Sastrería Modernista* y, en un vu elo, se hizo el encargo de un traje barato, elegante y bueno.

Espos y Mina, 20, pral. y Colegiata, 2, pral. (Siempre piso principal.)



Ya que se vió hecho un *sportsmen* con tan elegante terno, quiso comprarse zapatos lujosos, por poco precio; y para darse este gusto se fué al mejor zapatero.

EL TRUST.—Modesto Largo. Puerta del Sol, 11 y 12, y Carmen, 1.



Luego se metió en *el Trust* y allí compró unos gemelos, un alfiler de corbata y un reloj de oro soberbio; alhajas que le dan toda la apariencia de un banquero.

A. VALLEJO, Plaza del Celenque, 1 (esquina á Arenal, antes Alcalá, 17.)



Pensó luego en instalarse buscando calma y sosiego; recorrió los almacenes en pos de muebles modernos y dió, al fin, con los mejores en la casa de Vallejo.

Restaurant Casersa, Fríncipe, 1.



Luego el restaurant Casersa le sirvió un banquete espléndido. Y ahora, satisfecho exclama: —¡Dá gusto tener dinero, y gastárselo en los más acreditados comercios! —